

UN TIEMPO
DE LIBERTAD EN
QUE
EL MUNDO
HABÍA SIDO POSIBLE



MELANIE SMITH

UN TIEMPO DE LIBERTAD EN QUE EL MUNDO HABÍA SIDO POSIBLE

HELENA CHÁVEZ MAC GREGOR

Julio Cortázar en su cuento “Axolotl!” relata que fue el azar el que lo llevó una mañana de primavera al acuario del *Jardin des Plantes* en París. Él era amigo de los leones y las panteras, pero estos, todavía bajo los efectos del invierno, estaban tristes y dormían. Así que, sin quererlo siquiera, llegó a las peceras donde estaban los ajolotes:

Que eran mexicanos lo sabía ya por ellos mismos, por sus pequeños rostros rosados aztecas y el cartel en lo alto del acuario. Leí que se han encontrado ejemplares en África capaces de vivir en tierra durante los períodos de sequía, y que continúan su vida en el agua al llegar la estación de las lluvias.¹

Yo era amiga de las jirafas y las cebras y no tenía idea que había ajolotes en África, fue la serendipia que durante uno de mis autodesmierros de Sudáfrica conocí a una artista amiga de amigas de aquel país. Cuando le conté que estaba trabajando con Melanie Smith en un proyecto sobre ajolotes, me preguntó si conocía a los ajolotes de Johannesburgo.

“¿De Johannesburgo?”, le pregunté. “Sí”. Me dijo. “Están en el *Wits Life Science Museum*”. De las muchas veces que había estado en esa ciudad en los últimos diez años siempre había trabajado en esa Universidad, en ese mismo campus y nunca los había visto ni oído sobre ellos.

Fue quizá la curiosidad que me despertó su existencia la que me hizo aceptar una invitación a dar una conferencia en Johannesburgo a los pocos meses de esa conversación. Era verano en el hemisferio austral y la Universidad de Wits estaba a punto de cerrar por las vacaciones decembrinas. Nada más llegar me fui para allá. El lugar estaba desierto, los edificios entre góticos y funcionalistas se sentían todavía más intemporales sin nadie alrededor. Después de atravesar patios, pasillos y puertas llegué a un cuarto lleno de vitrinas, unas nuevas y otras antiguas, con colecciones de insectos y plantas; había esqueletos de animales, recuerdo el cráneo de

un hipopótamo y el hueso del hombro de un orangután. Estaban también una tortuga y algunas ranas que se movían muy lentamente.

Al fondo, en una pecera larga, estaban los ajolotes. Eran cuatro, dos rosas, o mejor dicho albinos, y dos grises con manchas negras. La persona que estaba en el lugar, que no había visto a nadie en mucho tiempo, estaba contenta de recibirme, así que me quedé todo el día ahí. Había dos en particular, un rosado y otro oscuro, que parecían emocionados de verme. Nadaban por toda la pecera y al moverse parecía que se acariciaban. Los veía observarme y, aunque sé de sus limitadas capacidades de visión, sentía que me habían reconocido. Me sorprendieron mis fantasías identitarias de un origen compartido. No sé cuántas horas pasé frente al vidrio, veía mi reflejo imaginando cómo sería que yo también viviera ahí. Pero, sobre todo, los veía a ellos. Jugaban y se quedaban quietos por largo tiempo, para luego, repentinamente, comenzar de nuevo.

No podía dejar de pensar: ¿Cómo llegaron ahí? ¿Cuándo? ¿Quién los habrá llevado? ¿Serán descendientes de esos treinta y cuatro ajolotes que viajaron a París en 1864? ¿Habrían nacido en África? ¿Desde cuándo sus antepasados estarían reproduciéndose en cautiverio? ¿Tendrían alguna memoria, aunque fuera celular, del lugar del que fueron endémicos?

Parecían ser *Ambystoma mexicanum* pero no lo podía saber con certeza, sus branquias eran muy pequeñas, sus filamentos delgados y cortos, aunque sus cuerpos largos y robustos. Quizá serían híbridos, una combinación de dos especies distintas de *ambystoma*. De dicho género se conocen treinta y tres especies que se distribuyen por Norteamérica, dieciséis son endémicas del territorio en el que está México y quince de estas especies están en alguna categoría de riesgo. Una de ellas, —la que se volvió símbolo de la Ciudad de México— *Ambystoma mexicanum* está en peligro de extinción. Siete de estas especies se metamorfosean en salamandras, pasan de ser anfibios de agua y respirar con

branquias, a ser animales de tierra y respirar pulmonarmente; algunas especies como *velasi* y *altamirani* tienen la potencia de transformarse en caso necesario y otras, como *mexicanum*, se quedan siempre en su forma larval, llamada neotenia.

Pensaba en todos estos seres y no podía identificar a los ajolotes de Johannesburgo, su rareza los hacía especiales y únicos, pero también, imaginaba, inviables evolutivamente. ¿Hasta cuándo su increíble plasticidad les permitirá regenerarse una y otra vez para seguir moviéndose en el tiempo y alargar su supervivencia? Los ajolotes tienen, además de en algunos casos la potencia de metamorfosis, una asombrosa capacidad de regeneración. Pueden regenerar tanto partes de su cuerpo como órganos completos. Regeneran y, aunque es el mismo órgano o parte enmendada es, en realidad, diferente. Nunca en la repetición la parte es idéntica a sí misma, por ello, tienen la plasticidad de recuperarse y transformarse al mismo tiempo. Su regeneración los hace siempre distintos a sí mismos. En consecuencia, sospechaba que para los ajolotes de Johannesburgo tanta mismidad, estar entre ellos en la misma pecera generación tras generación, suponía, a la larga, su desaparición.

La encargada del Museo tenía poco trabajando ahí y no tenía ninguna información del origen de los ajolotes, sólo sabía cuidarlos, que, supongo, ya era mucho. Era el último día que abría la Universidad, así que tuve que despedirme de ellos sin respuestas ni certezas. Unas semanas después volví a casa, a Ciudad de México, el lugar al que ellos y yo “perteneceemos”. Me daba angustia no volverlos a ver y mi sensación de desasosiego crecía. Pensaba en Cortázar, así como él, también yo “desde un primer momento comprendí que estábamos vinculados, que algo infinitamente perdido y distante seguía sin embargo uniéndonos”.²

No podía dejar de pensar en volver a Johannesburgo. Pero conforme pasaban los meses desarrollé una extraña afección que hacía que no pudiera respirar, sintiendo que

me asfixiaba, y me doliera el pecho cuando pensaba en Sudáfrica. No sé si esta condición fue causada por haber estado tanto tiempo expuesta a ellos o, más bien, por su falta. Por momentos también me pregunté si no estaría en alguna fase de metamorfosis en la que estaba desarrollando alguna otra forma de adaptarme a los cambios de mi entorno, pero no tuve mayores transformaciones y cuando me revisaron, mis pulmones estaban en perfectas condiciones. Quizá, nada más era nostalgia por un mundo que ya no sería jamás. Por eso, aun con ese lazo llamando entre nosotros a Johannesburgo no volví más.

Por las noches, antes de dormir, todavía pienso en los ajolotes africanos. Los imagino en su lúcida movilidad, reparando, a diferencia nuestra, lo que pierden. Los veo mirando hacia afuera, espiando algo que quizá es lo que pensó Cortázar: “un tiempo de libertad en que el mundo había sido de los axolotl”.³ Los observo, como en pantallas de un centro de control espacial, flotando sobre la luna, al tiempo que miro sus tejidos y las bacterias que crecen en su piel. Se confunde lo pasado con lo por venir. En su imagen lo arcaico es también la promesa de un futuro, de una posible regeneración, de ellos, pero también quizá de nosotros.

Definitivamente, a diferencia del cuento de Cortázar, yo no soy un ajolote. Pero no dejo de pensar en ellos, en los ajolotes de Johannesburgo.

Exposición organizada por el Museo Jumex

Curaduría: Helena Chávez Mac Gregor, curadora invitada

El video *Axolotl* (2025) es una colaboración entre Fundación Jumex y el Museo de Arte de Zapopan (MAZ).

Melanie Smith es miembro del Sistema Nacional de Creadores.

Helena Chávez Mac Gregor es Investigadora

del Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM



A TIME OF FREEDOM IN WHICH THE WORLD HAD BEEN POSSIBLE

HELENA CHAVEZ MAC GREGOR

In his short story “Axolotl,” Julio Cortázar writes that chance led him to the aquarium at the *Jardin des Plantes* in Paris one spring morning. He was already a friend to the lions and panthers, but these creatures, still under the effects of winter, were sad and asleep. So, without planning to, he arrived at the fish tanks where the axolotls were kept.

That they were Mexican I knew already by looking at them and their little pink Aztec faces and the placard at the top of the tank. I read that specimens of them had been found in Africa capable of living on dry land during the periods of drought, and continuing their life under water when the rainy season came.¹

I was friends with giraffes and zebras and had no idea that there were axolotls in Africa. Serendipitously, during one of my self-imposed bans from Johannesburgo, I met an artist friend-of-friends from South Africa. When I told her I was working with Melanie Smith on a project about axolotls, she asked me if I knew about the axolotls in Johannesburg.

“In Johannesburg?” I asked her. “Yes,” she said. “They’re at the Wits Life Science Museum.” The many times I had been to that city in the last ten years —I had worked at that Wits university, on that same campus—I had never seen or heard about them.

Perhaps the curiosity sparked by learning of their existence led me to accept an invitation to give a lecture in Johannesburg a few months after that conversation. It was summer in the Southern Hemisphere, and the university was about to close for the December holidays. As soon as I arrived, I went to the university. The place was deserted; the buildings, a blend of Gothic and functionalist styles, felt even more atemporal with no one around. After passing through courtyards, corridors, and doorways, I came to a room filled with display cases, some new and others old, containing collections of insects and plants. There were

animal skeletons, too; I remember the skull of a hippopotamus and the shoulder bone of an orangutan. There was also a tortoise and frogs that moved very slowly.

At the far end, in a long fish tank, were the axolotls. There were four of them: two pink, or rather albino, and two gray with black spots. The person there, who hadn’t seen anyone in a long time, was happy to see me, so I stayed all day. There were two axolotls in particular, one pink and one dark, that seemed excited to see me. They swam about the tank; they seemed to be caressing each other as they moved. I watched them observing me, and although I know their eyesight is limited, I felt they recognized me. I surprised myself with my fantasy of a shared origin. I don’t know how many hours I spent in front of the glass, watching my reflection and imagining what it would be like if I lived there, too. But mostly, I watched them. They played and then became still for long periods, only to suddenly start up again.

I couldn’t stop thinking: How did they get here? When? Who brought them? Are they descendants of those thirty-four axolotls that traveled to Paris in 1864? Were they born in Africa? Since when have their ancestors been reproducing in captivity? Do they have any memory, even at the cellular level, of the place where they’re endemic?

They appeared to be *Ambystoma mexicanum*, but I couldn’t know for sure; their gills were very small, their filaments thin and short, and their bodies long and robust. Perhaps they were hybrids—a combination of two different species of *Ambystoma*. There are thirty-three known species of this genus, distributed throughout North America; sixteen are endemic to the territory in which Mexico settle, and fifteen are in one risk category or another. One of them—the *mexicanum*, the one that’s become a symbol of Mexico City—is in danger of extinction. Seven of these species metamorphose into salamanders, transforming from aquatic amphibians that breathe with gills to terrestrial animals that breathe with lungs. Some species, such as the *velasi* and the *altamirani*, have the power to transform

themselves if necessary, and others, such as the *mexicanum*, always remain in their larval form, a phenomenon called neoteny.

As I was thinking about all these creatures, I couldn’t quite place the Johannesburg axolotls. Their rarity made them special and unique, but also, I imagined, evolutionarily unviable. How long would their incredible plasticity allow them to regenerate again and again, continuing to move through time and prolonging their survival? Axolotls, in addition to the power to metamorphose in some cases, possess an astonishing capacity for regeneration. They can regenerate both parts of their bodies and entire organs. They regenerate, and while they’re repairing the same organ, it actually becomes different. In replication, the part is never identical to itself; therefore, axolotls have the plasticity to both recover and transform simultaneously. Their regeneration makes them different from themselves. As such, I suspected that, for the Johannesburg axolotls, such sameness—being among themselves in the same tank generation after generation—implied their eventual disappearance.

The person in charge of the museum hadn’t been working there long and had no information about the axolotls’ origin; she only knew how to care for them, which, I suppose, was already a lot. It was the last day the university was open, so I had to say goodbye to them without first receiving answers or assurances. A few weeks later, I returned home to Mexico City, the place to which they and I “belong.” The thought of not seeing them again filled me with anguish, and my unease grew. I thought of Cortázar. Like him, I, too, “after the first minute... knew that we were linked, that something infinitely lost and distant kept pulling us together.”²

I couldn’t stop thinking about going back to Johannesburg. But as the months passed, I developed a strange condition that made it hard to breathe. I felt like I was suffocating, and my chest hurt whenever I thought about South Africa. I don’t know if this condition was

caused by being exposed to the axolotls for so long or, rather, because of their absence. At times, I also wondered if I wasn’t experiencing some kind of metamorphosis. I was developing a new way of adapting to the changes in my environment, but I didn’t undergo any major transformations, and a check-up revealed that my lungs were in perfect condition. Perhaps it was nothing more than nostalgia for a world that would never be again. That’s why, even given the connection between the axolotls and me, I never went back to Johannesburg.

At night, before I go to sleep, I still think about the African axolotls. I imagine them in their lair, in their lucid mobility, repairing, unlike us, what they lose. I see them looking outward, perhaps spying on what Cortázar thought to be “an age of liberty when the world had been that of the axolotls.”³ I observe them, as if on screens in a space control center, floating above the moon, and I examine their tissues and the bacteria growing on their skin. The past merges with the future. In their image, the archaic is also the promise of a future, of a possible regeneration—for them, but perhaps also for us.

Unlike in Cortázar’s story, I am definitely not an axolotl. But I can’t stop thinking about them, about the axolotls of Johannesburg.

Translated by Kimberly Kruge

1. Julio Cortázar, “Axolotl”, Cuentos completos/1 (México: Alfaguara, 1996), 381.
Translation: https://ambystoma.uky.edu/teachers_materials/axolitbook/AxolotlByJulioCortazar.html
2. Ibidem.
3. Ibid. 384.



PROGRAMA PÚBLICO

28.FEB.2026 | 12-1 PM

**CONVERSACIÓN ENTRE MELANIE SMITH
Y HELENA CHÁVEZ MAC GREGOR**

La artista Melanie Smith y la curadora de la exposición platicarán sobre los caminos que abrió la investigación que realizaron sobre los ajolotes; detallarán qué colaboraciones se propiciaron, qué necesidades y dinámicas surgieron y, finalmente, qué preguntas artísticas se presentaron durante el proceso y cómo fueron resueltas por la artista.

Terraza del Museo Jumex | Dirigido a todo público

07.MAR.2026 | 12-1PM

ECOS DE LA REGENERACIÓN

Participan: Alfredo Cruz, Ainhoa Suárez y Melanie Smith

En esta conversación, el doctor en Ciencias Químico-Biológicas Luis Alfredo Cruz, del CINVESTAV, nos hablará de los hallazgos y especificidades de la regeneración de los ajolotes mientras que la doctora Ainhoa Suárez planteará las posibilidades y límites plásticos desde las investigaciones de la neurociencia. Por su parte, la artista Melanie Smith abordará cómo ha explorado en su obra más reciente el tema de la regeneración de los ajolotes.

Terraza del Museo Jumex | Dirigido a todo público

14.MAR.2026 | 12-2 PM

**SOBRE CAMBIO CLIMÁTICO,
LA SEXTA EXTINCIÓN Y OTROS FANTASMAS**

Participa: Santiago Ramírez Barahona

En esta plática, el doctor en Ciencias Santiago Ramírez Barahona, del IB-UNAM, planteará los efectos del cambio climático y las tramas de las diversas extinciones planetarias. A partir de sus estudios sobre la evolución, el Dr. Ramírez Barahona cuestiona qué historias nos contamos sobre la presente extinción, invitándonos a pensar qué otros relatos podemos imaginar.

Esta actividad forma parte del Festival TONO 2026.

AJOLOTES, EXTINCIÓN Y SUPERVIVENCIA

Participan: Eria Rebollar y Andrés Cota Hiriart

En este diálogo se revisará la historia biológica y social de los ajolotes para descubrir cómo se transformaron de deidades en las cosmovisiones mesoamericanas a los animales al borde de la extinción con mayor presencia en laboratorios en todo el mundo. Esta plática busca entender los retos ecológicos, sociales y políticos que existen para su sobrevivencia.

Terraza del Museo Jumex | Dirigido a todo público

Este programa es parte del Seminario “Vivir en tiempos de exterminio: *Ambystoma Mexicanum*” del Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM.

Imágenes: Fotogramas de [Stills from] *Axolot*, 2025. Video HD. 18 min 44 seg

